

EL
CHAMÁN

*Encuentro
en el Corazón Verde*



HELEN FLIX

diversa

© 2015, Helen Flix
© 2015, Diversa Ediciones
Edipro, S.C.P.
Carretera de Rocafort 113
43427 Conesa
diversa@diversaediciones.com
www.diversaediciones.com

Primera edición: abril de 2015

ISBN: 978-84-942484-8-1
ISBN Ebook: 978-84-942484-9-8
Depósito legal: T 253-2015

Diseño y maquetación: DONDESEA, servicios editoriales
Imagen de portada: © Artemiy Bogdanoff y Szefei/Shutterstock

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso en España – *Printed in Spain*

*Dedicado a Luis, Héctor, Ana y David,
y cómo no, a todos los que me quieren y son mis amigos.*

A mis lectores

La pregunta que siempre me hacen los lectores una vez han finalizado una novela mía es: ¿eres tú la protagonista? La pregunta seguirá sin respuesta por aquello de la curiosidad, pero es imposible que cuando un escritor «crea», aunque sea pura ciencia ficción, no se base en modelos experienciales propios. La novela es una forma púdica de hablar de uno mismo y de los otros sin tener que pedir disculpas por faltar a la discreción o sentir vergüenza por las propias emociones. O de situar contextos y personas en un mismo tiempo cuando en la realidad fueron tempos distintos. La novela, mis novelas, son retazos de muchas vivencias y de muchas personas que a lo largo de mi vida han compartido sus vidas, sus vivencias, sus experiencias, aprendizajes y enseñanza. Son un collage de todo ello.

La reedición del presente libro me exigió una revisión completa del mismo para valorar de forma objetiva su vigencia, y soy después de esta lectura y revisión más consciente que cuando lo escribí de que sus mensajes son más vigentes que nunca, porque la única forma en que podremos tener una sociedad mejor, más justa, noble, con valores atemporales que no estén mediados ni por poderes económicos, religiosos o de modernidad social, será en el instante en que nos enfrentemos al conocimiento

de nosotros mismos, aprendiendo a valorarnos por lo que somos y como somos, así como por lo que podemos aportar a los demás; encontrando nuestros dones y corrigiendo nuestros puntos débiles, aceptándonos incondicionalmente.

Cuando esto pase, podremos mirar a nuestros seres más queridos sin expectativas ni deseos, les veremos de verdad tal y como son, pero sin esperar aquello que nosotros deseamos de ellos, solo abrazando lo que de verdad tienen para dar.

Este libro tiene tres niveles de lectura o, si lo prefieren, tres profundidades. Podemos leerlo como una historia de aventuras y un hermoso recorrido por la selva y el altiplano peruano en la que nos emocionaremos —dependiendo de la sensibilidad—, lloraremos o volaremos. Luego podemos recorrer las iniciaciones de los protagonistas y preguntarnos nosotros mismos lo mismo que ellos, y encontrar algunas respuestas que nos permitan ir un poco más allá de la insatisfacción y del miedo. Y aún podemos ir más lejos y entender el significado de la vida misma, y cómo nos empuja una y otra vez, generación tras generación, a evolucionar, a ser mejores que los humanos anteriores y a dar sentido a nuestra existencia en este planeta Tierra al que nos empeñamos en saquear y destruir, olvidando que es él nuestro sustento, que dependemos de su aire y de su agua.

El Chamán es para mí «la niña de mis ojos». Fue la primera novela escrita en tiempo presente; las anteriores eran escenarios de ciencia ficción donde la autora, o sea yo, quedaba totalmente oculta y disuelta entre los personajes del libro. Fue difícil porque me exponía ante los ojos del público y me forzaba a desnudarme más de lo que yo esperaba si quería que fuera un relato que llegara directo al corazón. Pero al mismo tiempo era una catarsis, una recapitulación, y además en un momento muy delicado de mi vida; un momento de un nuevo comienzo, de un cambio de dirección brusco que no me permitiría que nada volviera a ser como era antes.

Este libro sigue ejerciendo en mí el poder de trasladarme a su interior; no puedo evitar llorar o vibrar con la pasión o sentir que el viaje que se vive en sus páginas es un viaje a lo largo de la vida. Como en todo viaje, siento que perseguimos sueños que se cumplen, que dejamos o renunciamos a otros para poder seguir adelante y evolucionar, y que cada paso que damos va configurando nuestra historia personal y la de quienes se cruzan en ella. Y me doy cuenta de que lo que sugiero en este libro para afrontar nuestros miedos y avanzar en la vida sigue igual de vigente, ya que todavía es lo que la mayoría de mis clientes/pacientes siguen viniendo a buscar a mi consulta.

Os dejo ahora con *El chamán*, no vaya a cometer un *spoiler* y os estropee la historia.

I

Mi amigo Galpi

No podía creer que estuviera realizando este viaje. Iba sentada en uno de los vagones del tren para turistas que va de Cuzco a Aguas Calientes. Totalmente sola, como la tradición exigía o al menos como me había enseñado la tradición del Viejo Galpi, mi querido maestro amazónico.

Me sentía incómoda, había recorrido muchos kilómetros desde Barcelona, primero hasta Lima, de allí a la selva para reunirme con él antes de su muerte y ahora de Pucallpa a Lima y de Lima a Cuzco, con parte de sus cenizas para entregárselas a «La Montaña Joven», al Wayna Picchu.

Me quedaban más de dos horas de viaje en tren, después tendría que tomar el autobús que me llevaría a Machu Picchu y caminar por la escalada montaña del Wayna Picchu. Pero después ¿qué ocurriría en nuestras vidas? Nos quedábamos todos sin nuestro fiel y querido amigo, sin nuestro maestro.

El tren traqueteaba impenitentemente y yo temía que la mochila se cayera del estante y se rompiera la vasija de barro que contenía una parte de las cenizas de Galpi. Miraba por la ventana aquellos paisajes tan familiares, pero jamás un viaje al Machu Picchu había sido tan triste y solitario.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas, era una extraña pena, mezcla de alegría por el alma que partía, ya que lo había hecho en el

momento y modo en que él deseaba, y de tristeza, pero por mí. Ya no podría recibir de él sus silencios llenos de respuestas. Ya no podría disfrutar más de sus cálidos abrazos.

¿Cuántos años hacía que le conocía? Intenté esforzarme por recordar y me encontré buceando en los recuerdos de mi infancia.

La primera vez que le vi fue en la hacienda de mi padre, un hombre de negocios que arrastró a toda la familia hasta allí, el Valle Sagrado de los Incas. Tendría unos siete años, el colegio había finalizado en España y las vacaciones escolares fueron aprovechadas para trasladarnos a Perú. Hacía frío en nuestra nueva casa. No entendía que en Barcelona hiciera calor y fuese verano y en cambio allí hiciera tanto frío y fuese invierno; nadie me explicó que habíamos cruzado el ecuador de la Tierra y, por lo tanto, ahora todo era a la inversa.

Me sentía muy sola en aquella casa de diez habitaciones y una enorme cocina donde las nativas que cuidaban de todo se reunían a chismorrear en quechua, su lengua indígena. Cuando yo entraba, todos callaban, y así seguían todo el tiempo que permanecía en la cocina. Fuera, la extensión de terreno era enorme, había grandes árboles y una frondosa espesura. Para una niña de ciudad como yo eso me provocaba curiosidad mezclada con un gran miedo. Era incapaz de penetrar más de tres metros en aquella «jungla verde». Cuando lo intentaba, sin poder controlar mi mente imaginaba la cantidad de serpientes y bichos extraños y peligrosos que podían atacarme, y presa del pánico regresaba corriendo.

Pero aquello era aburrido y solitario. Ningún niño jugaba conmigo, sus mamás no les dejaban acercarse y yo les tenía recelo; iban sucios, con mocos, con la ropa rota y sin zapatos. ¡Con el frío que hacía!

No entendía a sus mamás, no les limpiaban los mocos jamás...

Llevaba ya una semana allí, en el rancho Valle Feliz, y el único amigo que tenía era un perrito que había encontrado abandonado en una de mis incursiones fugaces al medio bosque que rodeaba la casa. Mi madre le había quitado las pulgas rociándolo con un spray. Fue tan exagerada que casi me deja sin perro; estuvo malo un par de días, pero había sido su condición para que pudiera quedármelo.

Esa mañana especial que conocí a Galpi no parecía ser muy diferente de las demás. Mi padre me despertó abriendo las ventanas de par en par, dejando entrar la luz, y golpeteó dulcemente mi pompis canturreando la canción de la serie televisiva *Bonanza*. Así lo hacía cada día.

Me lavé, el agua salía agradablemente calentita, y me vestí con un jersey y ropa de abrigo. Allí solía llevar falda y medias de lana. Cuando salía de la casa, usaba el tradicional poncho y unos guantes de lana que picaban una barbaridad.

Bajé del piso alto donde estaban los dormitorios a la cocina para desayunar. Como era ya habitual, las mujeres callaron. Me hacían sentir su enemiga. Míriam, la más joven de las sirvientas, me peinaba todos los días con trenzas que algunas veces convertía en diademas en mi cráneo.

—Mire, señorita, hoy le puse las trenzas enrolladas en los lados. Parecen dos caracoles, está usted muy linda.

Yo aborrecía sus peinados y esas trenzas estilo «tonta del bote», pero allí todas las mujeres se peinaban con largas trenzas y ya me sentía bastante marginada como para atreverme a mostrar mi disgusto.

Escondí galletas en mis bolsillos, busqué mi poncho y salí de la casa. Mi perrito solía acudir de inmediato al oír mi voz llamándole.

—¡Solito!, ¡Solito! Ven, mira qué te traigo. ¡Solito!, ¡Solito!...

Sin embargo esa mañana no acudía y tampoco le oía ni le veía. Comencé a angustiarme. Seguí llamándolo, mientras giraba alrededor de la casa. Entré en los establos. Jamás había entrado allí, me pareció un lugar lúgubre, sucio, lleno de moscas a pesar del frío, y los bufidos de los caballos me producían mucho miedo. ¡Yo era una niña de ciudad!

—¡Solito! —lo llamé de nuevo—. ¡Solito, ven, no me hagas esto! Tengo miedo. ¡Solito!

Estaba tan asustada que no vi en ningún momento la sombra que estaba a punto de interceptar mi paso. De pronto algo sujetó mi brazo izquierdo, mientras colocaban frente a mi cara a Solito, lleno de sangre y sin dar señales de vida.

Grité y grité, hasta que uno de los trabajadores de la hacienda entró en el establo y en su idioma ordenó a la sombra que me soltara. Miré al indígena que llevaba al perro en brazos. Era muy deformado físicamente, algo retrasado y desdentado. Soltó a Solito y cayó al suelo desmadejado como un muñeco de trapo. Entonces vi un ancho corte en su cuello.

El hombre que había hablado me abrazó, intentando tranquilizarme.

—Señorita, tranquila, no le hará nada, ese muchacho está enfermo y no sabe... Tranquila, ya pasó todo. —El hombre vio entonces al animal en el suelo y dijo—: Dios, pobre animal, alguna alimaña le habrá atacado esta noche. ¿Era suyo?

Lo preguntó con tanta dulzura que me puse a llorar mientras me arrodillaba junto a él y al perrito.

—Sí, se llamaba Solito, como me siento yo —le conté como pude. Intentaba secar mis lágrimas, pero estas seguían brotando. Entonces le pregunté lo que más me angustiaba en ese momento—: ¿Cree usted que sufrió mucho? Pobrecito, yo quería dormir con él en casa. Murió solito.

El hombre, un indígena robusto de unos cincuenta años y muy alto para los hombres de allí, acarició mis mejillas. Hizo un gesto como si pensara lo que debía responderme.

—No sufrió, lo atacaron por sorpresa. Ni debió enterarse de lo que ocurría, hasta que su alma se encontró en el cielo de los perros.

Me sorprendió su respuesta, pero me alivió.

—¡Uf, qué bien! Solito no sufrió. Pero... ¿hay un cielo para perros? Papá dice que nos morimos y nos convertimos en gusanos, que hay que vivir hasta reventar. Yo no lo sé, pero alguna vez estando dormida he viajado a casa de mi abuela y he podido hablarle y besarla. Ella cree que tenemos un corazoncito que sigue vivo después de morir. ¡No sé! —suspiré muy abatida.

El hombre se puso en pie, recogió del suelo a Solito y lo envolvió en un trapo que llevaba cogido detrás en sus pantalones. Me dio su mano para que me levantara.

—Creo, señorita, que su perro merece un entierro digno, para que pueda ir al cielo que le corresponde.

Salimos ambos de los establos agarrándome muy fuerte a su mano. Él me transmitía una gran seguridad. Me llevó hacia el bosque, y al entrar en él volví a sentir un nudo en el estómago. Así era como yo somatizaba siempre el miedo.

Caminamos en silencio al menos cinco largos minutos en dirección al corazón del lugar. Él fue el primero en romper nuestro silencio.

—Me llamo Galpi, soy un indio amazónico.

Volvió a callar, entendí que debía presentarme.

—Yo soy Elenita, bueno, me llaman así mis papás, y soy una «india catalana». Mis papás dicen que también nos han perseguido por nuestro idioma y nuestras costumbres. Un dictador que vive en mi país.

De nuevo el silencio. ¿Y si se había enfadado? Yo no era una india, ¿o sí? Me gustaban tanto las películas de indios y vaque-

ros. Yo siempre era una india buena, que montaba a caballo en mis juegos.

Galpi sujetaba con fuerza mi mano, el hombre percibía mi miedo.

—Ahora haremos aquí una pequeña hoguera. Así es como los indios entierran a sus héroes. Al quemar el cuerpo, el alma de su perro se liberará y podrá ir a su cielo, a la matriz creadora de los animales iguales a él. Si él va muy rápido al cielo, usted Elenita podrá hablar con Solito, cada vez que se sienta perdida en el bosque. Ayúdeme, vigílelo mientras yo preparo la hoguera.

Con gran parsimonia fue colocando tronquito a tronquito, haciendo una pira. Cuando hubo acabado, buscó trozos de hierbas secas para que el fuego prendiera rápido. Tomó a Solito entre sus manos y le dirigió unas palabras.

—Adiós, amiguito, que encuentres rápido tu cielo... ¡Gracias, Solito! Gracias hermanito por los días de felicidad que le diste a nuestra hermanita Elenita. Gracias por traerla a mí para que ya no esté tan solita. Que Mamá perro te acoja en sus brazos y cante la nana del amor eterno.

Guardó silencio. Yo volvía a tener lágrimas en los ojos. Le acaricé, estaba desagradablemente frío. Galpi me miraba. Sin más yo también necesité despedirme.

—Gracias, Solito, me has dado tanto en estos días que jamás podré olvidarte. Ojalá pudiera verte de nuevo algún día, aunque solo sea en esos extraños sueños; no me sentiría tan sola. ¡Te quiero!

Galpi depositó con gran respeto al cachorro en la pira, pronunció palabras que no entendí, encendió el fuego y me cogió de la mano mientras rezaba algo en su idioma. Yo recordé el «Jesusito».

El olor era inaguantable, y Galpi se dio cuenta de que me angustiaba. Nos retiramos unos metros. Dulcemente se dirigió a mí:

—Ahora cierra los ojos y háblale deseándole que no tenga miedo y siga la luz.

No sé qué magia ocurrió, pero yo vi con los ojos cerrados salir al perro de su cuerpo igual que yo hacía en mis extraños sueños, y encontró un camino que unía la tierra y el cielo tan hermoso como el arcoíris, y que al oír mis palabras tomó sin miedo. Antes de perderse de mi vista, no pude más: abrí los ojos y... ocurrió un prodigio. Podía ver el alma de Solito caminando por la luz de colores que unía el cielo y la tierra con los ojos abiertos. Escuchó mi «Hasta pronto» y antes de desaparecer en la lejanía me ladró. Con mi mano le dije adiós.

Emocionada y sin pensar, me dirigí a Galpi.

—¿Lo has oído? ¿Verdad que lo has visto?

El hombre me sonrió, para mí fue suficiente respuesta.

—Vamos, señorita, debo volver al trabajo. Hablaré con las mujeres, usted es una auténtica indita.

Desandamos el camino en silencio. Por vez primera y no última, escuché los sonidos del bosque, de mi bosque.

El ruido interior del tren me devolvió de nuevo al presente. Hoy yo enterraría a Galpi.

Qué curiosa era la vida, con él todo habían sido finales y comienzos. Ahora era su propio final. ¿Qué comienzo significaría para mí?